

QUIQUE GONZÁLEZ

SUR EN EL VALLE

La Tripulación:

Quique González: Voz y guitarras.

Toni Brunet: Guitarras y coros.

Jacob Reguilón: Bajo y contrabajo.

Raúl Bernal: Teclados y Hammond.

Edu Olmedo: Batería.

Sergio Benito: Técnico P.A.

Alberto Liras: Técnico monitores.

Rafael Carvajal: Técnico iluminación.

Alberto Chico: Backliner

Javier González: Backliner.

Laura Lorenzo: Backliner.

Ramsés Castro: Backliner.

Maxi Resnicosky: Conductor y merchandising.

Álvaro García - Vilches: Tour Manager.

Silvia Fernández: Escenografía.



Blues en el valle

Cuando aquella primavera de plazas vacías y pulmones rotos llegó, Él ya llevaba siglos siendo el dueño del valle. Había venido desde lejos, arrastrando versos por cunetas olvidadas. Había estado en el sur, zarandeando cuerpos en los árboles. Había cruzado el Atlántico y regresado sin maleta, liderado revueltas en cortes lejanas y perdido la guerra en cocinas humildes.

Era dócil como una yegua. Salvaje como un caballo. Su forma y la contraria. Y resultaba fácil quererlo porque, en aquella vida, tan solo era una historia. Uno de esos chismes que corren de boca en boca y se acaban en la linde de tu pueblo. Una verdad triste venida siempre del otro lado de la montaña.

Los niños hablábamos de Él sin conocerlo. Lo pronunciábamos y el cielo se llenaba de globos y cometas, de banderines de feria y varillas de cohetes que se clavan en la tierra. Decíamos su nombre y una mentira cambiaba su rostro.

Mi abuela, por ejemplo, no recordaba la primera vez que se cruzó con Él. Sí supo decirme, en cambio, que ni el lobo abreva en el río si anda cerca o que deja una luna de trueno cuando se larga con la música a otro valle.

Crecíamos al abrigo de embustes y escopetas que humeaban como las chimeneas de una fábrica abandonada. De historias improbables con muertos que reviven y ataúdes con droga, persecuciones a media mies con guardias civiles ocultos entre las vacas, párrocos que atracan bancos o alcaldes que se juegan a las cartas a su hija. Historias remotas protagonizadas por un forastero de ojos esquivos, unas veces amable y otras cruel, a quien nunca se ha mirado de frente.

Aprendimos así a vigilar de soslayo el temblor de los toldos de las terrazas, los cables del tendido eléctrico y las rachas de arena en la playa. Aprendimos a desconfiar del mes de octubre, de las hojas caídas de los árboles y de la lluvia si es cruzada. El mundo era un pasillo que recorríamos a oscuras hasta que, de repente, dejamos de crecer y de ser niños. Todo a la vez. Entonces empezamos a verlo cerrando los ojos por todas partes.

Fuimos a buscar al vecino y, en su lugar, ahí estaba Él, consolando a una viuda. Comenzamos a maldecir los lazos que nos unen, los cabos sueltos y las sogas que se atreven a colgar de una viga. Y no hubo vuelta atrás: ya estaba dentro, en el murmullo del ventilador y en el parpadeo de los semáforos.

Dentro. En el llanto silencioso de las adolescentes y tras las gafas de sol de la madre. En el trote salvaje de los caballos y en el reposo de los buitres. En el taxi apresurado de vuelta a casa y en las sirenas de la policía. En el módulo de los comunes en el penal de El Dueso, consumiendo el tabaco a los padres; y en el puente de los sonámbulos, cerrando los paraguas de un portazo.

Aquí dentro. En los amigos que nunca sacian la sed, porque el agua ya siempre será otra sin su hermana. En todas las cruces del camposanto, en la cajigas, en las huertas que siembran con esmero los abuelos y en el invernadero secreto de tu primo. En los negocios que resisten y las persianas que se bajan. En el calabozo, en la comisaría, en los despachos de abogados, en las facturas del ayuntamiento y en la iglesia. En los obradores, los túneles, los refugios, los hostales y el pabellón de maternidad del hospital de Valdecilla.

Sin verlo, yo lo he visto guardar calma en el establo mientras los potros duermen de pie bajo la lluvia y alguien se atreve a nacer sin su permiso. Criar a ese niño como a un hijo, sacudir hasta los veinte años su ropa en el tendal y ser la corriente que destempera sus sueños, la brisa en su pelo, el simún en sus caderas. Pero también silbar bajo las ruedas de su coche y sobre la luz de una ambulancia.

Más de una madrugada ha venido a buscarme. Me ha picado todas las puertas, me ha susurrado islas al oído y se ha fugado al Estrecho.

Lo he sentido esconderse lejos por un tiempo, cuando el aire huele de nuevo a brená y la gente se da la mano y comparte el pan. Y lo he escuchado regresar poco después, arrepentido, pidiendo perdón por lo de ayer.

Se cuenta que otros salieron tras Él por todas las veletas, hasta el final de la noche; y remontaron el río en su busca hasta tocar las dos orillas. Dicen que allí, en el cruce de caminos, un hombre espera en lo alto de un tejado en equilibrio sobre ninguna casa. No tiene prisa. Otea el horizonte y aguarda para templar su guitarra justo cuando hay sur en el valle.

MARTÍN BEZANILLA